

Apuntes del blog de Valdemar Quijano

Artículos

Andrés F. Castaño (Valdemar Quijano)

www.autoreseditores.com

2015

©Todos los derechos reservados del autor

Prólogo

El blog es algo parecido al panfleto de nuestro tiempo. Cuando se comienza a escribir en uno, es como si se echara un mensaje en la botella. De ahí en adelante, esa balsa de escritos puede verse condenada al naufragio; o del mismo modo, y con suerte, puede encontrar a su lector desesperado en una isla desierta.

Al momento de escribirlas, estas digresiones, solamente tuvieron la intención de ser un ejercicio de estilo. Poco a poco, como los papeles apilados en una mesa, empezaron a crecer hasta llegar casi al centenar, al momento de ser recopilados como un esqueleto de libro. Quienes no suelen visitar este tipo de páginas de autor, ahora, si los astros son propicios, podrán leer estos intentos de ensayos reunidos en este libro. El tono es descomplicado y no pretende sino ser una suerte de conversación, que a juicio del lector, podrá dar por terminada al cerrar el libro.

Los textos tienen un orden cronológico: el primero que data de 2011, exceptuando el de Borges no era Borges (2012), hasta el último, sobre las Cárceles imaginarias de Piranesi.

Espero que esta pieza hecha de retazos, si alguna vez llega a ver la luz, pueda entretener el tedio de la espera o la distancia o el ocio. Uno nunca sabe lo que puede pasar con un libro. Una vez hecho, editado e impreso, tiene vida propia.

Los textos pueden encontrarse, prácticamente sin muchas variaciones en mi blog <http://vquijano.blogspot.com>.

¿Quién es Valdemar Quijano y por qué ese nombre? Todos tenemos un alter ego; a veces, o justamente, por que no nos sentimos conformes con nosotros mismos, y por eso, nos inventamos otro yo.

¿Borges, no era Borges?

En un documental de la RTVE, se afirma, con cierta desfachatez, que Borges —el mismo al que nos acostumbramos a reconocer como el apacible sabio viejo, con la mirada perdida en su ceguera a la que refería él mismo como «crepúsculo amarillo», un bastón para guiarse por el intrincado laberinto del mundo y una humildad a prueba del carácter más atrabiliario—, no era el que siempre pensamos que era. Es decir, que el hombre que escribió «El Jardín de los senderos que se bifurcan» relato formidable que pone a prueba los fundamentos de la física cuántica con la teoría de los universos paralelos, en donde en apariencia ignora sus fundamentos teóricos, no era él. Tampoco era el autor del célebre relato en el que se encuentra con su alter ego en una banca de un parque de Ginebra, Suiza. No, ese no es Borges. ¿Entonces, quién es Borges?

Según la hipótesis, Borges, de tanto horadar en el terreno abstruso de los sub universos paralelos de la literatura y la probabilidad, terminó por perderse en sus propios laberintos. Así pues, Borges no sería el autor nacido un 23 de agosto de 1899 en Buenos Aires, sino que, como en una broma de un demiurgo travieso, sería un simple actor que fue contratado para encarnar esa suerte de deidad secular que recorrió las letras hispanas y universales, a lo largo de todo un siglo lleno de paradojas: desde el comunismo, la bomba atómica, el automóvil, el avión; hasta los campos de exterminio nacionalsocialistas y la Internet. El tal Jorge Luís Borges, era realmente, un actor italiano de nombre Aquiles Scatamacchia.

—¡Pero cómo ché... pará: ¿esto es una joda? —dirán los argentinos.

En síntesis, esta hipótesis significa la friolera de que la existencia de Borges —quien de nuevo, por paradoja, había referido en un cuento “suyo”, «Tlon Uqbar Orbis Tertius» la posibilidad de que el mundo narrado en un tomo perdido de una enciclopedia, era la elucubración de un grupo de eruditos que redactan, una edición inexistente— fuera también una quimera de tres escritores argentinos reales: Adolfo Bioy Casares, Manuel Mujica Láinez y Leopoldo Marechal. Una mamada de gallo literaria, así decimos en Colombia.

Una sucesión de eventos borgeanos

Todo el escándalo, deriva de una inocente nota en una revista argentina de ultraderechas de nombre Cabildo, que al tiempo, tuvo eco en diferentes publicaciones europeas de los años ochentas. «Il Messaggero», un pasquín italiano, publicó una nota de Leonardo Sciascia, conocido escritor italiano, junto a una foto de Borges donde rezaba: “El Inexistente”. Esto le otorgaba al asunto todos los matices necesarios para una deliciosa trama de origen borgesiano, o cervantino. La leyenda azuzada por el propio Borges, en broma, y su anhelo de entrar en la categoría de los escritores anónimos, deseaba antes, incluso más que el mismo Nobel de Literatura, azuzar el digno fuego del olvido de un escritor latinoamericano de quinta categoría. Así, Borges solía decirle a Antonio Tabucchi: «Yo soy una invención de Roger Callois». Este juego de espejos bien podría multiplicarse y bifurcarse hasta la saciedad, pero vamos al grano.

En la susodicha revista el artículo titulado «Borges no existe», firmado por Anibal D’Angelo, afirmaba que la leyenda Borges se remitía a la década de los años veinte. Por esas calendas Leopoldo Marechal necesitando un seudónimo para un artículo suyo, decidió firmar como Jorge Luís Borges. No contento con esto, como Cervantes hiciera con

Alonso Quijano, lo dotó de una vida, una memoria, unas costumbres, otorgándole una sustancia propia.

Luego se unirían a la genial boutade Mujica Lainez y Bioy Casares. Ese golem, se deshizo de sus hilos y cobró vida propia. Sin embargo, para hacer más verosímil la historia, era necesario crear un alter ego que no levantase sospechas. El actor Aquiles Scatamacchia, un hombre medio ciego, con cierto dejo italiano, fue entonces cabalmente instruido en las lides refinadas de la literatura, la filosofía y el urbanismo elemental para sostener la farsa. Siendo ciego, además de ponerse al nivel de Homero, Milton y Joyce, le sería imposible reconocer a colegas del círculo común que podían dar al traste con la genial broma. La leyenda tomó cuerpo hasta llegar a oídos de los periodistas del diario francés «L'Èxpress» instando a resolver el malentendido de una buena vez por todas, en beneficio de la literatura. Después de la tormenta desatada por la noticia, de furiosos artículos de uno y otro lado del Atlántico, la leyenda se fue disipando hasta quedar prácticamente extinta.

Al fin y al cabo, Borges mismo disfrutaba poniendo a prueba el enigma de su propia identidad personal y de la memoria. Es célebre esta actitud a lo largo de varias entrevistas, en las que al increpársele acerca de sus datos de lugar y fecha de su nacimiento, se limitaba a responder: «Eso dicen; probablemente no sucedió nunca...». Respecto al tema del demiurgo, en una conferencia cuando una periodista intentó ponerlo contra las cuerdas con una embarazosa pregunta sobre Dios, Borges se limitó a contestarle: «Carezco de certezas para afirmar mi propia existencia, señorita; imagine usted si puedo poner en duda la de Dios». La duda y la incertidumbre ontológica siempre pendieron como espada de Damocles sobre la cabeza del gran escritor argentino. «El mundo es el mundo y yo, desgraciadamente, soy Borges», afirmaba. A lo mejor como solía decir, solamente quería disiparse en la memoria del olvido, que es la muerte de los hombres. En su agonía, Jorge Luís

Borges, igual que Alonso Quijano, tendría quizá un último momento de lucidez, reconociéndose a sí mismo como lo que sentía que era: un hombre decrepito, ciego y rabiosamente latinoamericano; hombre, al que le tocó en el reparto universal de los millones de destinos, uno eminentemente literario.

Federico García Lorca: a 75 años de su muerte, más vivo que nunca.

A los 75 años de su muerte, la poesía de García Lorca goza de buena salud. Los fascistas que lo asesinaron en un oscuro paraje granadino, a la harapienta sombra de los chopos que siempre le hablaron, no se imaginaban que su figura poética sería encumbrada por razones literarias y no personales, que era del modo en que ellos lo pretendían. La república se estaba desmoronando y Lorca estaba en la cumbre de su carrera. Su destino estaba trazado por mano propia: Margarita Xirgú lo invita a una gira que haría su compañía teatral por México y Colombia. Lorca, rechaza de plano la oferta: su raíz poética, aunque universal, nunca llega a desprenderse de su tierra, de los parajes de su España que él aun cree habitada por aljamas y moriscos, ese crisol que Granada representa de modo casi literal. Las razones y los oscuros móviles de su crimen no se revelan aun, setenta y cinco años después. Lorca apoyaba la causa republicana. Firma incluso un manifiesto en pro de la República. La espada de Damocles ya se cernía sobre el poeta. Su genio y su naturaleza protéica, les otorga aun más razones a los asesinos para que acaben con su vida: era homosexual aparte de ser "rojo"; y quizá el hecho de que fuera artista les aterrizzaba demasiado.

Lo buscan al amanecer del 18 de agosto de 1936, lo conducen con otros dos presos políticos, y sin juicios sumarios, lo sentencian a borde de una zanja:

—...Por marica y comunista —bramó uno de sus verdugos.

Premonitoriamente, en su Poeta en Nueva York, escribe un verso que prefigura dos cosas: su gloria y su destino.

...Asesinado por el cielo,
entre las formas que van hacia la sierpe
y las formas que buscan el cristal,
dejaré crecer mis cabellos...

Rendir homenaje a un poeta de la talla de Federico García Lorca es ambiguo y complejo. Uno se puede acercar a su figura leyéndolo, admirando su estilo depurado entre la estética de la modernidad y el tradicionalismo de la lengua hispana; se puede intentar escribir sobre su obra, tratando (no es posible usar otro verbo) de hallar una voz, un timbre o un color, pues es casi imposible que su "duende poético" no haya tocado antes en su inconmensurable genio universal de escritor (aparte de su faceta de pintor y músico).

Tengo escrito un poema a su memoria, y quiero que los que llegen a este rincón en medio de una pequeña isla desierta dentro del vasto mar del ciberespacio tenga a bien leerlo.

Cante Gaditano

Asesinado por el cielo,
entre las formas que van hacia la sierpe
y las formas que buscan el cristal,
dejaré crecer mis cabellos.

Federico García Lorca

Al alba, la muerte fue a Granada
Y los chopos lloraron
Por una vía de olivos;
Siniestros los Guardias Civiles
Te acecharon entre las moscas calientes,

¡Oh Federico!
Con su plomo mancillaron
tu duende, tus cantes jondos;
Creyeron callar al gitano
Y su risa de fauno.

Por la cintura de luto de la luna
Un rumor de guitarra y bulerías
Sangra los leones de la Alhambra,
¡Ay, Granada,
Llora como el rey moro,
Por tu reino de poetas muertos!

Tu piano fraguaba versos,
Músicas y esbozos de jaleos.
Entre tus cejas pobladas, ruedos,
Sangre y San Fermín.

Si pudieras vestir
El frac de los negros de Harlem,
Ni el Chrysler Building bastaría
Para llenar tus ojos de Gadir!

En tu alma late un crisol
Antiguo como las aljamas;
Árabe, como tu voz de fuente clara.

Las palmas ascienden hasta el siroco,
Hienden las Columnas de Hércules:
Se hacen Romances por tu gracia.
No hay ataúdes; no, para tu cuerpo,
Porque España es tu seno, y tú la rosa
Germinando en su oscuro huerto.

De haber a venido a esta gris Granada
Habrías muerto entre versos alejandrinos,
Y tranvías descarriados.
Pero sabes que la Muerte es un toro
Que embiste en la ciega madrugada.

¡Ay, mi Federico!
La calavera enjuta de Franco, ríe:
En su tristeza de bronce
Todos los días, de gloria,
Lo cagan las palomas.
Y tú Federico, sigues vivo,
Cargando en tus hombros la poesía;
Dejando crecer tus cabellos.

Agosto 19 de 2011
Valdemar Quijano

Borges 112 años

Borges. ¿El escritor más grande del siglo que ha pasado? Muchos dirán que es aventurado afirmarlo siendo el siglo de Joyce, Proust, Kafka, Faulkner, Woolf, Pound, T.S. Eliot, Sartre, García Márquez, Carpentier, Paz y un largo etcétera. La vida y la obra de Borges, al menos, lo hacen un lector excepcional, erudito y polígrafo casi sin parangón: ensayista, cuentista, poeta; nunca novelista por pragmatismo, pues consideraba que dilatar en quinientas o mil páginas lo que podía decirse de manera concisa en veinte, era inútil. Su vida literaria se movió en la aventura, pero no esa a la que nos han acostumbrado London, Hemingway, Byron, Melville o Conrad; Borges se afilia a la estirpe de los aventureros mentales como Samuel Johnson, Aldous Huxley, Franz Kafka -su admirado Kafka- y quizá, Emanuel Kant.

Nació en 1899 en Buenos Aires. Lee vorazmente la biblioteca paterna; luego viaja a Ginebra y Mallorca; retorna a Argentina y publica en 1923 Fervor de Buenos Aires, el germen de su ideario poético. Aquí Jorge Luis Borges pone la piedra angular de ese universo rico en metáforas filosóficas y místicas, mezcladas con el aroma de mate del lunfardo tan entrañable para malevos y compadritos del viejo Buenos Aires. Pocas vidas pueden denominarse a sí mismas como predestinadas a ser literarias. El propio autor se refería a su destino de escritor por venir de una estirpe de guerreros y predicadores ingleses, una herencia de ceguera y libros. Ficciones de 1944, define su cosmos literario: los laberintos, duplicaciones, determinismos y sueños del universo borgiano están definidos en este texto.

Sus relatos proclaman por un universo literario idiosincrático, de avant-garde, fuera de credos estéticos y totalmente fiel a su imaginación. Borges, incluso para Harold Bloom, quien es considerado el crítico por excelencia de la posmodernidad, el autor argentino es un